



Centro de Estudios de Arqueología Histórica
Universidad Nacional de Rosario



Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica
Latinoamericana | Especial: Documentos de Trabajo |
Año V, Número 6 | 2024

Revista del Centro de Estudios de Arqueología Histórica,
Facultad de Humanidades y Artes,
Universidad Nacional de Rosario
<https://teoriaypracticaah.unr.edu.ar/index.php/index>
<https://rephip.unr.edu.ar/handle/2133/14804>

ISSN en línea: 2591-2801

ISSN versión impresa: 2250-866X

Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
(CC BY-NC-SA 4.0)

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

Gustavo Ferneti. Un concepto operativo. El “contexto de deposición” en la arqueología urbana

UN CONCEPTO OPERATIVO. EL “CONTEXTO DE DEPOSICIÓN” EN LA ARQUEOLOGÍA URBANA

AN OPERATIONAL CONCEPT. THE “CONTEXT OF DEPOSITION” IN URBAN ARCHEOLOGY

Gustavo Ferneti *

Resumen

El contexto de deposición es un tópico que suele mencionarse con frecuencia, como entidad que da sentido al registro arqueológico. Su conservación permite la obtención de relaciones que se perderían al alterarse el espacio donde los restos del pasado fueran arrojados.

Sin embargo, se lo ha considerado como una realidad empírica y no como un concepto teórico y mucho menos ha sido objeto de una reflexión en el campo de la arqueología urbana.

En un panorama dinámico y complejo como es la ciudad, el contexto de deposición es más que un espacio o el suelo, ya que de su análisis depende la interpretación de los hallazgos. Por lo tanto, implica un punto de partida en el hacer arqueología, ya que los fragmentos están vinculados tanto a su espacio arqueológico y como a la sociedad que les dio origen y los descartó.

Dada su importancia, el objetivo de este trabajo es reflexionar sobre el contexto de deposición dentro de la arqueología urbana, proponiéndolo como un concepto operativo.

Palabras clave: Teoría arqueológica; fragmentos; contexto

* Centro de Estudios en Arqueología Histórica. Universidad nacional de Rosario.
arqfernetti@hotmail.com - <https://orcid.org/0000-0003-3999-6434>

Abstract

The context of deposition is a topic that is frequently mentioned, as an entity that gives meaning to the archaeological record. Its conservation allows to obtain relationships that would be lost when the space where the remains of the past were thrown, was altered. However, it has been considered more an empirical reality, than a theoretical concept, and much less has it been the subject of reflection in the field of urban archeology.

In a dynamic and complex panorama such as the city, the context of deposition is more than a space or soil, since interpretation of findings depends on its analysis. Therefore, that's an starting point to do archeology, since fragments are linked both to their archaeological space and to the society that gave rise and after discarded those remains.

Due its importance, the objective of this work is to think over the context of deposition within urban archeology, proposing it as an operational concept.

Keywords: Archaeological theory; fragments; context

Introducción

En la arqueología urbana, como en cualquier otra versión de la disciplina, los fragmentos hallados están dentro de lo que se llama, en general, un contexto.

Los fragmentos, como unidades discretas del sitio arqueológico, se encuentran asociados entre sí y al sitio mismo. Arqueológicamente, el contexto sería una entidad que rodea al fragmento, un entorno al que se lo vincula. Es considerado inseparable de los hallazgos y les da sentido, por lo que las críticas frecuentes a la arqueología clásica se centraban en la extracción del material arqueológico sin observar el medio que le rodea, en general edáfico.

Si la arqueología tiene como objetivo general acceder a sociedades del pasado mediante materiales hallados en el presente, las cualidades de cada fragmento arqueológico hallado suelen resultar, por sí solas, insuficientes para ello. Es necesario analizar el contexto que las rodea, de modo que brinde información adicional sobre el momento del descarte y por transición, sobre la sociedad que los desechó.

En ciencia, la idea general de contexto hace referencia a las relaciones entre uno o más objetos y el medio en el cual se encuentran, lo que les brinda un significado específico. Para entender a un artefacto o un rasgo como el portador de algún tipo de dato es necesario contar con un modelo de las posibles relaciones que ha tenido a lo largo de su historia de vida, ya que solo, aislado, nada dice, más allá de sus propiedades formales. (Aguerre y Lanata, 2004, p.89)

De este modo, hay una conjunción entre los materiales hallados y su entorno, que conforman una unidad relevada, llamada registro arqueológico. Al momento del análisis, este conjunto forma lo que suele llamarse evidencia arqueológica, limitada e insuficiente, pero que suele ser la única prueba disponible de ciertos aspectos de la sociedad del pasado que se pretende estudiar. Tiende a ser relacional: el aislamiento de tipo museológico de los fragmentos oculta la sociedad que otorga sentido y significado a los objetos cuyos restos hoy se recuperan.

El registro arqueológico constituye la base a partir de la cual se interpretan las sociedades del pasado, pero es un elemento único y finito. Es por este motivo que su recuperación ha sido y sigue siendo objeto de discusión y renovación teórica constante. (Mora Torcal, Martínez Moreno, Roda Gilabert, Roy Sunyer, y Vega Bolívar, 2014)

La “descontextualización” de los hallazgos presupondría la pérdida, en general irreversible, de información imprescindible sobre el pasado y la extracción indiscriminada de fragmentos del suelo es penada por la ley, dado que se impide recuperar y analizar el contexto de los hallazgos. El fragmento se enajena de su lugar físico original dificultando o anulando las investigaciones sistemáticas.

La noción empírica de un entorno físico del fragmento, el suelo, es en apariencia general.

Sin embargo, a nivel teórico el concepto de contexto no es unívoco.

Puede ser considerado como el suelo, pero también un encuadre, un espacio, un sistema, una matriz, una situación, un estrato, cierta información o un conjunto de fragmentos respecto de uno en particular.

Mediante atributos como *sistémico*, *edáfico*, o más recientemente *presionado*, por dar algunos ejemplos que se verán a continuación, se define que el contexto es una entidad siempre asociada a todos los fragmentos, a uno aislado o a un grupo de ellos, contexto de cada fragmento individual.

Uno de estos atributos es la *deposición*, palabra correcta y preferible a *deposición*, que no existe en el diccionario y resulta un neologismo. Se trata del arrojamiento, el depósito, en el pasado, de desechos de la vida humana en un lugar que recibe esos descartes.

Sin embargo, el contexto de deposición puede pensarse más allá de una matriz de contención o el suelo que ha recibido mecánicamente los fragmentos. Para este trabajo se verá una acepción relacional antes que solamente una matriz edáfica, entendiendo el concepto como resultado del acto social de desechar restos dentro de la ciudad: *el objetivo de este trabajo es reflexionar sobre el contexto en arqueología y su importancia dentro de la arqueología urbana, proponiendo en particular el contexto de deposición como concepto operativo*.

Para ello, se hará un recorrido por las definiciones de contexto en arqueología, se establecerán las características teóricas del concepto y su operatividad.

El concepto de contexto en arqueología

La arqueología de mediados del siglo XX (previa a la arqueología urbana) consideraba el contexto como un caos que se podía descifrar y dado que se trataba de una ciencia vinculada al suelo, los fragmentos arqueológicos se suponían siempre enterrados.

Para Wheeler (1966) el análisis del contexto edáfico permitía una secuencialidad cronológica. La ubicación espacial del fragmento recuperado implicará hallar la lógica de su deposición y por lo tanto, la sucesión de los acontecimientos históricos de la sociedad analizada.

Harris (1989), Carandini (1997) y Azkárate (2013) entre otros tienen el mismo concepto de contexto, un suelo estratificado que para Harris, podía sistematizarse en matrices, obteniendo un orden abstracto que pueda interpretarse.

En todos estos casos el contexto era conceptualmente edáfico (“Historias en la tierra”, según Carandini, 1997, p. 2), teniendo propiedades que se comparaban a las geológicas, siendo parte fundamental del análisis formar una estratigrafía y de allí derivar la “espinas dorsal” de la cronología (Wheeler, 1966, p.33).

Esa noción de contexto edáfico aún está vigente y puede extrapolarse a la arqueología de la arquitectura, a los derrumbes y ruinas y en un sentido restringido, a la matriz de contención de los fragmentos, llegando a identificarla –en las técnicas de campo– con la excavación misma: “Cuando un arqueólogo habla de su “sitio” y del “sedimento” que lo compone uno tiende a imaginar un lugar abierto y un piso de tierra donde excavar” (Schávelzon, 2006, p.18).

Para Lumbreras, en cambio, el contexto se refiere también a un conjunto. Cierta fragmento está “en contexto asociado” (Lumbreras, 1974, p.38, Rouse, 1973, p. 33): ese conjunto es un resto en sí y cada uno

de los fragmentos está relacionado con los otros y forman un contexto-conjunto que permite definir el sitio (enterratorio, fogón, etcétera). Cada fragmento adquiere significación en esas relaciones, entre sí y con el suelo como matriz de contención, por ejemplo en el caso del *ajuar*, conjunto específico de objetos.

Con la Nueva Arqueología el contexto adquiere un sentido más dinámico que el edáfico, es un proceso:

Muchos arqueólogos empezaron a considerar a los depósitos y/o superficies que contenían determinados materiales como el resultado contemporáneo de un número no determinado ya sea de conductas humanas como de la acción de diferentes agentes naturales. Por lo tanto, se hacía necesario conocer la dinámica de los diferentes procesos que actuaron en la formación de cada registro arqueológico que investigamos, a fin de determinar su integridad y así saber sobre qué aspectos de las conductas humanas podemos hablar con mayor certeza. (Aguerre y Lanata, 2004, p. 89)

En Binford, por dar otro ejemplo, el arrojamiento de basura implicaba una periferia al fogón, (“zona *toss*” y “zona *drop*”, zonas de arrojar y zonas de dejar caer) que se constituía en espacio opuesto respecto al acto de comer, un “mantenimiento preventivo” del área principal, proponiendo una significación espacial del comportamiento (Binford 1988, p. 164).

También para Binford (1967) existía equivalencia entre contexto original y el encontrado hoy: el proceso de formación del sitio era directamente observable en sus fragmentos y de allí sus observaciones actualísticas (Aguerre y Lanata, 2004). A nivel teórico, la sociedad original parecía diseñar el sitio de modo repetitivo y estandarizado en modelos que podían ser leídos en el presente.

En un sentido distinto Schiffer problematiza la formación del registro por la cultura que le dio origen: define actividades, estructuras de actividades y objetos originales que la misma sociedad usa y descarta, formándose dos contextos diferentes: el “contexto sistémico” en el pasado y el “contexto arqueológico” verificado hoy (Schiffer, 1990, p. 81).

Mientras que el contexto sistémico es la condición del elemento original en su sociedad de uso o consumo hasta su descarte, el contexto arqueológico es lo que resta de ese elemento (“residuo”, Schiffer 1990, p. 84) en un espacio extraño a esa cultura –el sitio- y que motivan el análisis e interpretación arqueológicos. El estudio de los contextos, daría sentido a los procesos históricos, mediante modelos que simplifiquen la complejidad de la actividad cultural del pasado, hasta llegar al presente.

Finalmente, desde los inicios de la arqueología urbana las ideas de restos bajo amenaza de desaparición han formado la idea de *contextos en riesgo* (Schávelzon, 2008) si bien no como concepto teórico sino como motivación para la acción, en general excavar o conservar.

Para algunos autores, el contexto incluye la naturaleza misma como opuesta a la cultura, que modifica el ambiente. Aquél “contexto arqueológico” de Schiffer (1990, p.84) se convierte en un elemento cambiante y en peligro de desaparecer por la antropización (tala de bosques, cultivo intensivo, minería, extractivismo) por lo que se constituye en un espacio en riesgo, un “contexto presionado” que al alterarse elimina la información disponible, que motiva arqueologías de rescate y la urgente patrimonialización, por ejemplo, Rubin de Rubin, da Silva y Barbieri (2018, p.322). De modo similar, pero para la arqueología urbana, Schávelzon (2012, p.2) define el “contexto municipal” como un lugar (la ciudad) pero también como espacio político-institucional, factor que puede afectar la potencia arqueológica de un sitio, permitiéndolo, destruyéndolo u obrando de modo arbitrario respecto a las propuestas científicas.

Así, el contexto urbano estaría definido por una dinámica y una complejidad muy diferente a la arqueología “de campo”. Y si bien no se descartan allí esas características, la arqueología de/en la ciudad afronta esas condiciones como un contexto propio.

El contexto urbano

Los sitios, para la arqueología urbana, se encuadran en un complejo espacio-ciudad, con las relaciones sociales, políticas, económicas y demográficas consecuentes y desarrolladas en la vida colectiva.

En ese sentido, “cada sociedad, en un contexto histórico particular, crea (y es creada por) paisajes, lugares y edificios particulares” (Acuto, 2013, p.37). Eso hace que, al momento de la producción, el consumo y el descarte, la ciudad está presente no como un simple *telón de fondo* o un escenario, sino como un espacio activo en la construcción de los hoy definidos como sitios arqueológicos (Acuto, 2013).

En un sentido distinto, el patrón de asentamiento sería un orden histórico de la ciudad, que fue organizado desde ella y que condiciona fuertemente el hábitat humano. No es un paisaje en sí, sino que construye uno.

El contexto urbano, formado como un asentamiento sobre el territorio, es una mega-antropización que organiza la población y así, el centro comercial, político o administrativo, la periferia, los suburbios, los barrios, los extramuros, el *hinterland*, las aldeas perimetrales forman un entramado de relaciones que se reflejan en los espacios de descarte. Las viviendas, las fábricas, los espacios públicos, los basurales, las ruinas y desguaces se articulan con los grupos pobladores, generando espacios de descarte distintivos, que finalmente forman un paisaje urbano, construido desde la *organización*, en este caso de la ciudad (Chang, 1976).

Pero no se trata, en la arqueología urbana, de hacer arqueología del paisaje, sino un análisis de los descartes y de allí acceder a la sociedad original, que produjo la ciudad como un paisaje urbano.

Para Guillermo, ese contexto es espacial y urbanístico, al mismo tiempo que temporal, ya que la calle, los pozos, la ribera, los bajos, los pozos, los baldíos y los basurales en general se corresponden a momentos históricos de la deposición (Guillermo, 2004) y sólo tienen sentido en una ciudad.

Así, desde la organización espacial y social, Buenos Aires y Rosario en tanto ribereñas tendrán orillas sobre el río usadas como vaciaderos, basurales municipales en la periferia y vertederos clandestinos en los barrios, formando espacios diferenciados y con significación, estudiados como subsumidos y articulados al espacio urbano mayor y opuestos a la vivienda o a la plaza. Todo ello se corresponderá a una época histórica de la urbanización y eso se reflejaría en los restos hallados (Guillermo, 2004, McCarthy y Ward, 2000).

Por dar algunos ejemplos, los espacios ferroviarios en su contacto con la calle, servirán de basurales emergentes en caso de ciudades inmigratorias como Rosario o Córdoba, pero no en otras urbes menos afectadas por ese fenómeno demográfico, como la ciudad de Salta, en cuyas trazas férreas comparativamente se observaron muy pocos materiales arqueológicos por parte del autor de este trabajo.

En espacios de uso específico como talleres o fábricas se observarán basurales técnicos, con descartes de materiales producto de actividades urbanas específicas, como el sitio del hospital Moyano descrito por Schávelzon:

...más de un metro de una pasta de papel, tierra, madera podrida, hierro oxidado, vidrio de todo tipo fragmentado hasta milímetros por pisoteo, productos medicinales y farmacéuticos y sus envases, basura moderna reciente (botellas, plástico, corchos, bolsas, preservativos, gatos muertos, entre otras cosas) cientos de frascos vacíos y llenos de suero y, para compactar todo, tabloncitos de madera puestos por el Gobierno de la Ciudad para circular por encima. (Schávelzon, 2006, p.18)

Finalmente, el contexto urbano –la ciudad- también puede ser entendido como subsumido dentro de otro contexto histórico general. La evolución social puede mostrar cambios en los documentos (por ejemplo, en las fotografías) y como manifestaciones del contexto histórico, poseen una potencia relevante en las investigaciones.

A pesar de ello, no se ha abordado demasiado el concepto contexto urbano en arqueología como objeto de estudio, aunque a nivel teórico puede hablarse de significación social, económica y política del paisaje (Leoni, 2013; Rocchietti; Simonassi y Gergolet, 2008; Koldorf y de Castro, 2005). En todo caso, puede decirse que el paisaje -en este caso la ciudad- no es un escenario neutro, sino que es una configuración histórica que resulta ineludible.

De este modo, los fragmentos hallados en una excavación no pueden ser aislados de la ciudad como en un museo, ya que en última instancia, es el contexto macro que les dio sentido en el pasado e incluso hoy, arqueológicamente.

El contexto histórico-social

Los contextos arriba mencionados podrían llamarse “físicos” o “materiales” y son de la misma naturaleza concreta que los fragmentos hallados.

Los contextos históricos o sociales, en cambio, suelen consistir en imágenes, narraciones o descripciones de la época de consumo de los fragmentos, sobre todo cuando constituían objetos de uso. Se agrupan bajo el rótulo general de *documentación histórica*.

Con frecuencia la idea de su uso es formar un panorama descriptivo de la sociedad productora/consumidora, desaparecida o transformada y aunque también son fragmentos, su análisis material suele ser deleznable: se consideran discursos independientes de su material de soporte.

Estas formulaciones historicistas consisten en articular esos documentos (planos, fotografías históricas y actuales, censos, leyes, decretos, publicaciones especializadas o populares de la época, literatura, arte, etcétera) formando una historia del sitio dentro de la historia social de la ciudad. Mediante ellos se trata de reconstruir el sentido dado a los objetos, cuyos fragmentos han sido hallados hoy.

A veces el contexto histórico suele describir la época y también sirve de prueba de la existencia del objeto hoy fragmentado. Como en Schávelzon (1999), donde el autor dedica varios capítulos de su libro *Arqueología de Buenos Aires* a la historia social de la ciudad, antes de describir los hallazgos.

A veces se identifica el objeto original descartado, en catálogos donde se reconocen las formas, marcas o estilos, comparándolos con otros que así forman un contexto histórico de la producción de esos objetos (por ejemplo, Schávelzon, 1987 y Volpe, 2011).

En trabajos como el de Weissel *et al.* (2000) este contexto abarca una extensión importante del libro, ya que intenta una descripción exhaustiva de la época en base a material ilustrativo original. También los trabajos de Schávelzon y de Volpe, este tipo de descripción suele ser frecuente (por ejemplo ver Schávelzon (2014) y Volpe (2011) entre otros trabajos).

Otra modalidad de este tipo de contexto no material, es la historia del objeto original, donde se describen las técnicas de fabricación y la distribución temporal de la producción y el consumo, dando por resultado contextos muy específicos para hallazgos también particulares (por ejemplo, ver Bruzzoni, 2016).

Dentro de las tesis marxistas, el contexto histórico se considera una dialéctica entre la producción y el consumo, o sea entre la estructura económica y la superestructura social. Entre otros autores, el precitado Lumbreras establece que “la sociedad se escindirá en clases sociales, separadas por una diferente participación en el proceso productivo y con elecciones desiguales de producción y de consumo” (Lumbreras,

1974, p. 267). Aunque la de Lumbreras se trata de una arqueología no-urbana, a nivel teórico marxista el contexto se asumiría como un espacio socio histórico y los hallazgos serían manifestaciones materiales –la evidencia– de la dialéctica estructura/superestructura (Lumbreras, 1974).

Con el mismo marco, Mathew Johnson (1996) desarrolla el contexto económico capitalista como una configuración histórica de reflejo local, al igual que Camino (2011) que realiza el análisis arqueológico de un barrio argentino, en su caso Flores, Buenos Aires, inserto en un sistema capitalista global. Los restos arqueológicos evidenciarían ese contexto socioeconómico-macro.

A veces el contexto histórico suministra datos sobre la ciudad, como los censos, para la interpretación de los hallazgos, como en los trabajos de Igareta y Chechi (2020) o Ferneti (2022), por ejemplo.

Sin embargo, el contexto histórico, entendido como el espacio social donde se desarrollan las actividades urbanas, también parece ser insuficiente.

La documentación histórica parece tender a ser *fragmentaria y excepcional*: fotografías de momentos específicos, planos, censos, discursos, leyes, textos o el arte, son construcciones históricas *per se* y en general son producciones únicas, a diferencia de los restos arqueológicos urbanos, por lo general cotidianos y repetitivos, que poseen una frecuencia y se repiten. Salvo excepciones, los documentos son unidades discretas y a veces azarosas, fragmentos tan discontinuos como los arqueológicos y que hay que unir mediante el análisis crítico.

A pesar de su relativa abundancia, que amerita repositorios institucionales, la documentación histórica no reemplaza el contexto sistémico de Schiffer, ya que constituyen (otros) fragmentos elevados a representantes de ese sistema y quien investiga deben discernir como tales:

No hay dudas sobre el hecho que la información contenida en los documentos representa cierto aspecto de la realidad de modo subjetivo, desde la óptica de individuos que se encontraban en determinada posición de conocimiento, interés, poder, etc. (...) Al respecto, consideramos que el uso e importancia de cada fuente en una investigación no puede ser definido a priori, de forma independiente a su carácter particular y a la problemática en la que se inserta. Toda fuente documental requiere de un análisis particular, labor que comienza por reconocer el tipo de documento. (Landa y Ciarlo, 2016, p. 104)

Puede decirse que esos documentos, antes que falsos, intencionados o erróneos, son discursos-contexto, que (hoy) pueden ser tergiversados efectuando reduccionismos históricos, siendo necesario un análisis de la documentación.

Por ejemplo, asignar acríticamente la documentación a ciertos fragmentos hallados y extrapolar ello al conjunto total de la población urbana del pasado, resultaría un *arqueologismo* o sea la atribución indiscriminada de características propias de los documentos a los fragmentos rescatados (Yelo Templado, 1990, p.12). Por ejemplo, el hecho que ciertas leyes regularan algunos comportamientos urbanos, no implica que éstos se hayan ejecutado o reprimido. Sería acrítico creer que los hallazgos arqueológicos responderían fielmente a un documento legal: tal es el caso habitual de arrojar basura en las veredas, acto prohibido por las ordenanzas pero muy frecuente en la ciudad.

Contexto y arqueología urbana

La arqueología urbana no está exenta de todas estas consideraciones teóricas. Pero en las definiciones arriba detalladas, el contexto tiende a ser estático (un estrato, un fragmento georreferenciado, un momento histórico, un documento, una fotografía) pero la ciudad se caracteriza por la constante transformación

y la dinámica humana de la convivencia.

A la condición estratigráfica del contexto *wheeleriano* se le suma los procesos antrópicos propios de la dinámica ciudadana, como las alteraciones puntuales y generales, los movimientos cotidianos de suelo, los aportes materiales modernos, la arquitectura e infraestructura, el tránsito, etcétera, cambios que forman la mencionada dinámica sociourbana.

Los contextos sistémicos schifferianos cambian y aún dentro de modos de producción estables, las variaciones son permanentes y ello se refleja en el registro arqueológico.

El llamado estado estacionario u horizonte arqueológico, aplicable a culturas prehispánicas (Chang, 1976) en las ciudades argentinas implica fragmentos variables, dispersos y heterogéneamente representados en los sitios, pero para un solo modo de producción capitalista, estable y activo.

Esa complejidad es propia de la ciudad y su sociedad constructora.

En base a eso, los fragmentos originales hallados en la ciudad tienden a disminuir en el tiempo, por la antropización, no sólo la degradación. Por ello, rara vez suele cumplirse la “premisa Pompeya” (Schiffer, 1988, p. 6), como un registro arqueológico por completo estable en el tiempo, ya que la dinámica urbana altera tanto el suelo como las estructuras. Por lo tanto también afectará los registros arqueológicos, entendidos éstos como hallazgos de fragmentos contextualizados, e incluso la documentación, que tiende a desaparecer.

Los sitios urbanos así afectados nunca son prístinos, un síntoma de ello es la rareza de hallar objetos enteros y la palabra *fragmento* remite al carácter siempre incompleto de cada hallazgo. Ello se aplica también a sus contextos materiales, sean edáficos o sobre cota 0, como en la arquitectura.

Además, el carácter intrusivo de material más moderno, es casi una regla de los sitios urbanos y no una excepción, como sí suele ocurrir en la arqueología prehistórica, prehispánica o histórica. El constante aporte de descartes, incluso contemporáneos o separados por pocos años, hace muy dificultoso el discernimiento de momentos puntuales en el arrojamiento y por ende, la cronología de los fragmentos.

El lapso de tiempo entre descartes se acorta o superpone, ya que al menos en las ciudades argentinas, se trata de sociedades consumistas que a veces abandonan rápidamente los objetos cotidianos o los renuevan constantemente (Schávelzon, 2019; Volpe, 2021).

Todo ello modifica el carácter de los sitios.

Un esquema teórico

Puede verse un ejemplo abstracto en la Figura 1, donde el sitio urbano S1 es cronológica y supuestamente original.

Una serie de fragmentos F han caído o se han arrojado al sitio S1 en el pasado. Con el tiempo, varios fragmentos han desaparecido por la antropización o la degradación y S1 ha devenido en S2, para el caso transformándose en el sitio arqueológico visible hoy.

En el esquema abstracto, el momento histórico de S1 puede ser reconstruido, derivado de S2 en base a una evidencia incompleta, por lo que no puede hablarse de *universo de fragmentos*, sino de un conjunto del cual no puede saberse la totalidad. O sea, S2 es a la vez derivación y evidencia del momento histórico de S1, la deposición original.

De los F remanentes e interpretados como una evidencia, deberá reconstruirse idealmente una estructura social, costumbres, cambios económicos, consumos, etcétera. Si la tarea de llegar desde S1 a la sociedad de origen (objetivo de la arqueología) que construyó S2, ello dependería de conservar la mayor cantidad de fragmentos F, pero también implica un reduccionismo a lo estrictamente material.

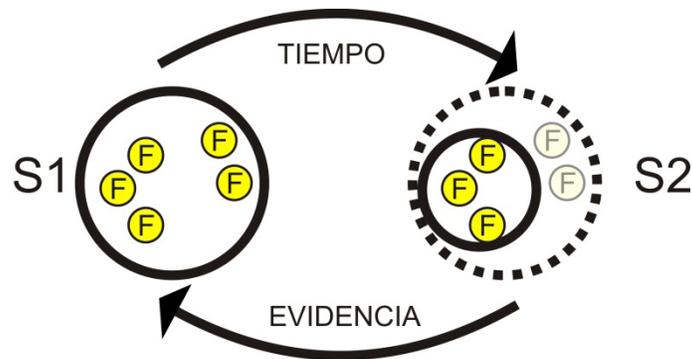


Figura 1. Esquema abstracto de un sitio y sus contextos de deposición.

S1 no es solamente un espacio original de arrojamiento, abandono o caída, sino un *lugar* que, desde la perspectiva social, tenía un significado.

Si según Guillermo (2004) la calle, el pozo, el hueco o baldío, el vaciadero, etcétera, formaban momentos históricos en la deposición de basuras, esos mismos elementos poseían una cualificación social para ese momento. La arquitectura hoy en ruinas, el paredón donde se arrojaban desperdicios o un basural histórico, se constituyen en *lugares* que la sociedad cualifica como sucios, necesarios, periféricos, concesionados, prácticos, negativos, modernos, públicos, marginales, etcétera.

Nótese la apreciación negativa del periodismo sobre un basural de Rosario, Argentina: “un baldón para la ciudad” donde se hace necesaria “la demolición de las barrancas” (La Acción, 24/1/1947, p. 4), comparando con el centro, “un balcón a la miseria” (Crónica, 26/10/1957, p. 12) o pidiendo soluciones de emergencia sobre “Los Bajos de Villa Manuelita” (La Capital, 20/1/1947, p. 11).

Ese mismo sitio, 80 años después de su inicio todavía está cualificado: esa condición social admite la basura y a la vez, a quienes se vinculan a ese espacio, recomenzando un circuito establecido entre la cualidad del sitio y su función.

El lugar que constituyó este basural fue un espacio *con nombre* y que rodeaba los fragmentos hoy recuperados, e históricamente poseía un sentido original negativo, que se reconstruye mediante el análisis de los contextos sociales, de producción, de consumo y descarte, hasta el día de hoy.

No se trata solamente de la basura, sino del espacio urbano con sus relaciones. Los fragmentos, el suelo o la arquitectura, ahora constituyen un registro arqueológico *contextualizado* y el documento (en este caso la nota periodística) es un discurso-fragmento que posibilita la observación de esa significación original, sabiendo que habrá otros, es incompleto y que tiende a ser excepcional, ya que no se repitió, al modo de una producción seriada.

Por lo tanto, es menester un análisis del registro que excede lo puramente material.

El abandono (descarte) de ciertas viviendas, por ejemplo, también puede significar un cambio urbano importante. En Mendoza, por ejemplo, se ha constituido una denominada “área fundacional” como mega sitio arqueológico, con un museo incluido. El proceso de abandono de la ciudad luego del terremoto de 1861 derivó en una nueva urbanización, con otro patrón de asentamiento, lo que implicó una masiva resignificación de la ciudad. Eso no se verificó en Rosario, Córdoba o Salta, cuya área fundacional permaneció “prestigiosa” a diferencia de la capital mendocina original, convertida en periferia y –significativamente– hasta cierto punto olvidada hasta la década de 1990 (Chiavazza, 2002). Reconfigurada el área, se tornó un barrio moderno en base a la antigüedad de las ruinas y el carácter turístico del sitio arqueológico.

El contexto de deposición como concepto

La ciudad no es heterogénea y puede contener varios sitios arqueológicos. No se discutirá aquí la formación de esos sitios, ya tratada por Guillermo (2004).

Pero sí deberá considerarse que esos sitios no están aislados mutuamente, en tanto fueron formados por una sociedad urbana en uno o varios momentos de la historia (Guevara, 1999). De este modo, si el sitio arqueológico S1 de la Figura 1 que derivaba del espacio original S2, servirá de contexto urbano a un sitio S3 en tanto contiene otros fragmentos que pueden ser comparados con los F antes hallados.

Para el análisis de S3 deberá considerarse la reconstrucción de S1, que contribuirá a la interpretación de la sociedad que desechó los fragmentos F.

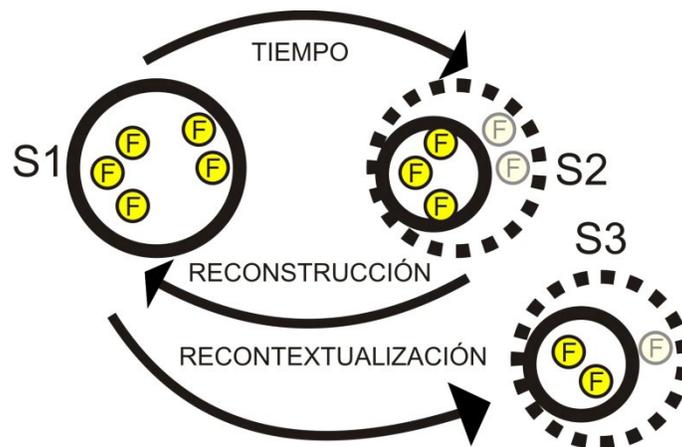


Figura 2. Esquema abstracto de un sistema de sitios.

Esa trama de sitios S1, S2, S3, Sn... formaría así un sistema, un conjunto de unidades discretas que la arqueología tiende a volver continuas (o al menos unidas entre sí) ya que implicaría relaciones “constantes” entre ellas en el pasado y esas relaciones no pueden ser sino urbanas. Incluso analizar diferentes suelos de la ciudad implicará considerar el tipo, grado o función de su antropización, algo que derivará del entorno urbano que le dio origen y permitió su existencia en el pasado como suelo urbano.

Cressey y Stephen (1982) pensaban la ciudad como una *ciudad-sitio*, lo cual implica considerar el contexto no ya como una porción de suelo excavado, sino como un complejo mayor, que da sentido a los fragmentos F, conceptualmente más allá del suelo, del muro (para arqueología sobre cota 0) o la excavación que los contiene.

No se trata de lo denunciado por Wheeler, comparar sitios ubicados “a cerca de 480 kilómetros de distancia” (Wheeler 1979, p. 66) sino fenómenos dentro de la misma ciudad-unidad, que los produce por ser tal y forman un espacio de sentido para los fragmentos, sea como objetos en uso o como basura.

Esa variedad de contexto complejo –la ciudad y no la excavación o el suelo– puede enriquecer las investigaciones en tanto entrama ciudad, sitios, objetos originales y sus fragmentos, o sea el registro arqueológico es una realidad empírica heterogénea, hallada en un contexto unificado y dinámico: la ciudad toda.

Así establecidos como una trama (o sistema) los sitios cualificados derivan a su significación original.

En esto, es importante la conceptualización de Chang (1976, p. 28) el “asentamiento” como concepto que implica tiempo cronológico, tiempo cultural y espacio, “una realidad empírica, una unidad física de

deposición compuesta de cosas culturales abandonadas con determinadas relaciones espaciales” (p.28)

De este concepto deriva otro: el del *lugar* donde se descarta o arroja el fragmento que hoy se recupera.

Ese lugar suele llamarse *contexto de deposición* e implica una característica propia. Sería un homólogo del contexto binforiano de la “zona drop” (Binford, 1988, p. 68) combinado con la definición schifferiana de “contexto sistémico”.

El contexto de deposición puede ser definido operativamente como un lugar donde históricamente se han arrojado restos y que posee una cualidad social definida por quienes los depositaron.

La Figura 3 muestra en abstracto la relación entre contexto de deposición CD “vivienda” y el contexto arqueológico CA “ruina”. Puede verse el recorrido R de la basura doméstica y los dos sitios, el original de arrojamiento S1, el abandono, la ruina y finalmente y la formación del sitio arqueológico S2.

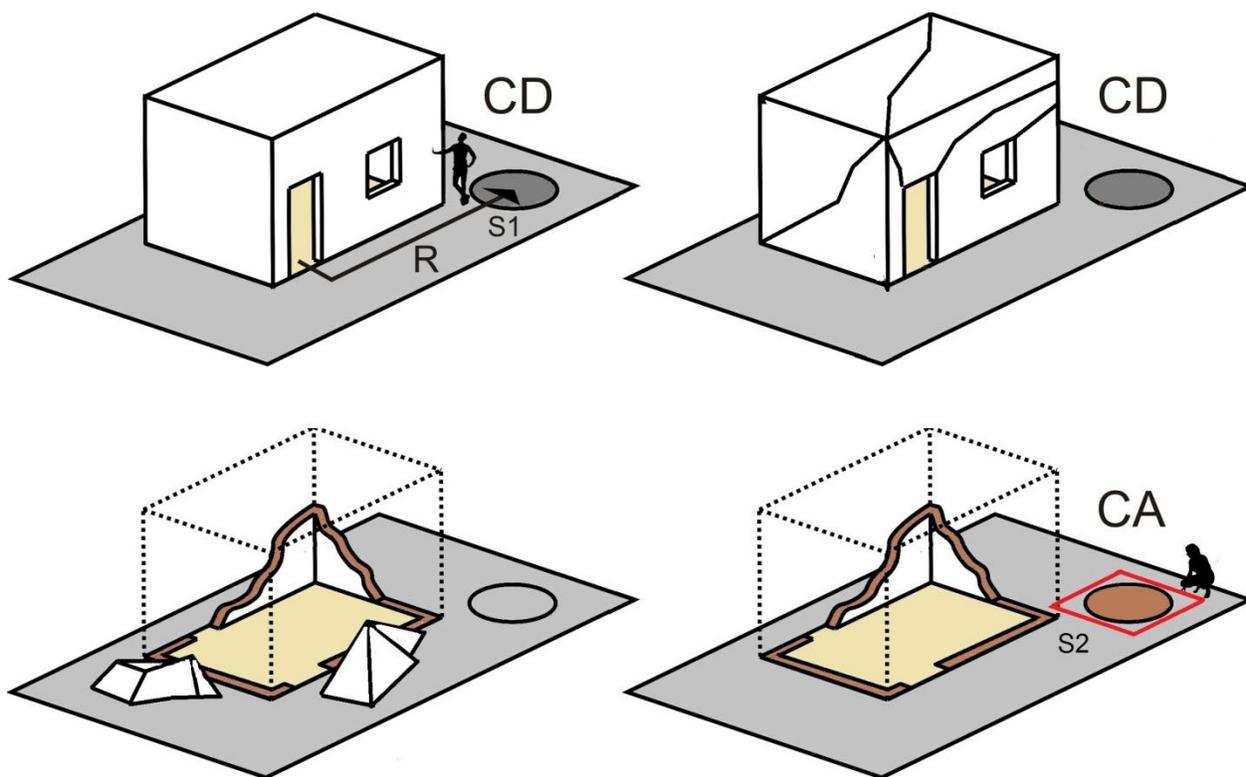


Figura 3. Relación entre contextos de deposición “vivienda” y “ruina”.

Arqueológicamente la deposición se realizó en el pasado y para esta definición, ese lugar fue S1, si se abstrae el sitio de aportes más modernos en la casa derrumbada (aunque existen, a veces por ser *ruinas*). S1 fue deliberadamente elegido por estar afuera de la vivienda y no en un basural, por ejemplo.

Por lo tanto, el contexto de deposición no es el pozo de basura S1 derivado a S2, sino que el contexto de deposición es un sistema-vivienda CD, no solamente S1 ni tampoco la excavación de S2.

Ello permite la reconstrucción de las intenciones, tanto en la elección y ubicación del lugar como de las características del descarte efectuado, en el ejemplo, el exterior de la vivienda. O sea, el lugar donde se arrojan restos posee cualidades que los grupos sociales definen históricamente, en un cierto momento de la ciudad.

Si Guillermo (2004) definía áreas creadas en el proceso de urbanización, se puede añadir que la socie-

dad original depositaba, descartaba o abandonaba ciertos elementos en lugares con un nombre, una significación: el basural, el pozo de basura hogareño, el paredón de la fábrica, la casa en el área a despoblar, el afuera del taller, la “tierra de nadie”, etcétera.

Por lo tanto, el contexto de deposición implica que hay una definición *emic*, una significación social original que es parte del objeto final de estudio, la sociedad del pasado.

Esa significación es importante, ya que un fragmento F (por ejemplo, una loza) adquiere diferente sentido en un basural barrial clandestino, en otro municipal concesionado o en un pozo doméstico, porque se arrojaron en espacios distintos, con poblaciones cercanas diferentes.

Interpretación de los contextos de deposición

Estos contextos situados y cualificados tienen un devenir histórico que debe ser tenido en cuenta al momento de observar los fragmentos. Los sitios, como antes se dijo, rara vez son prístinos o forman espacios sellados al estilo “Premisa Pompeya” (Schiffer, 1988) sino que son espacios resultado del dinamismo urbano. Esos espacios incluso han adquirido otros roles y su significación original ha desaparecido.

Para mostrar esto, el esquema de la figura 4 representa idealmente 4 contextos urbanos de deposición, originales y que compartieron -o no- 3 tipos de fragmento F.

Las relaciones entre contextos originales –representadas por líneas- y los fragmentos F dan un indicio de consumo y de lugar. En el esquema, los F amarillos están presentes en todos los sitios excepto en S4. Los F naranja, en S2 y S4, mientras que los F celestes, sólo en S3.

Si en el pasado, S1 estuviese cualificado por la sociedad consumidora de F, esa cualidad sería central respecto a S2 y S3, mientras que S4 sería periférico respecto a S1.

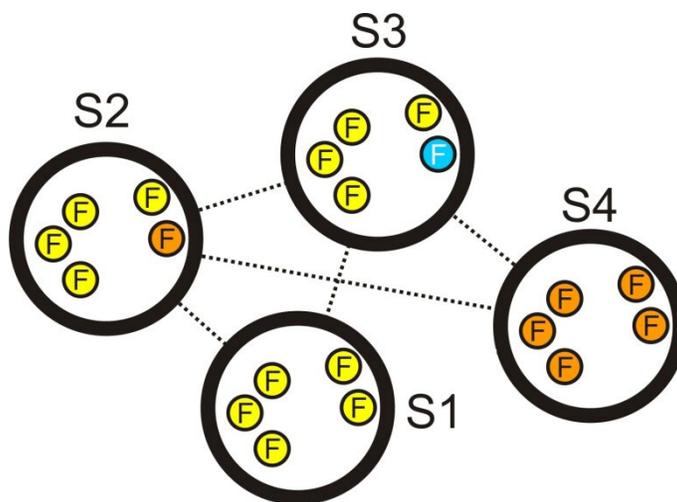


Figura 4. Relaciones intercontextuales.

Por ejemplo, en una ciudad, S1 puede ser el centro que provee, mediante su mercado, a los barrios S2, S3, S4... Sn de fragmentos F amarillos.

Pero si S4 es un taller ferroviario, probablemente compartirá algunos elementos con las estaciones de tren S5, S6... etcétera, fragmentos (objetos) F naranja, necesarios para el funcionamiento del servicio.

Un sitio de este tipo puede no tener F= loza doméstica, algo que –dentro del sistema ferroviario- sí tendrán las viviendas de sus obreros, que probablemente no tengan restos F= elementos de trabajo ferroviario.

Se deberá hablar entonces de redes, sistemas y relaciones entre espacios cualificados, algo que la ciudad siempre posee pero no puede ser leída directamente de sus relictos.

La figura 5 representa esquemáticamente un caso real.

Si el sitio S4 se definió en un espacio ferroviario, se tomará el caso de uno rosarino para carga y descarga de vagones, llamado *Patio de la Madera*, cuyo muro perimetral fue demolido en 1985, con sus galpones devenidos en un centro de exposiciones y en 2015, en un mercado popular. Una foto aérea de c. 1930 muestra, a la derecha de la Figura 5 y resaltado, ese muro.

Un esquema abstracto postularía que entre S4 respecto a S5, S6, Sn... debería tener fragmentos F amarillos en común. Sin embargo, se hallaron excepcionalmente dos lozas domésticas una *flow blue* y otra en relieve, exhibidas en la Figura 5, abajo.

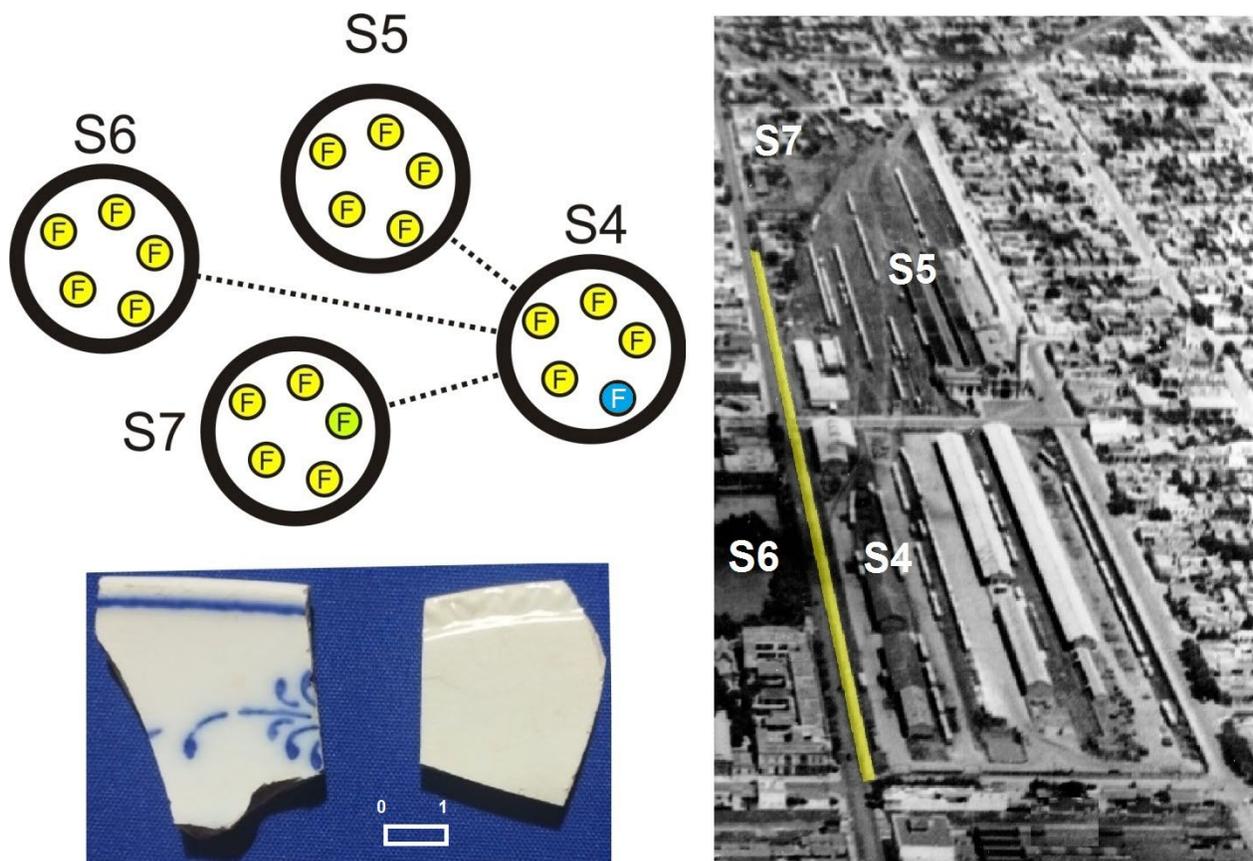


Figura 5. Caso del sitio ferroviario “Patio de la Madera”, Rosario.

Un análisis acrítico de S4 postularía el uso de vajilla decorada F azul en los galpones de carga y descarga, a diferencia de S5 y S7, estaciones ferroviarias inmediatas. Pero al tener fragmentos F azul = loza decorada, al igual que el barrio S6 inmediato, pudo colegirse que el verdadero contexto de deposición era el paredón demolido, contra el cual se arrojaban los desechos domésticos-barriales en S6 y no el predio *Patio de la Madera*. Con esa premisa, se pudieron localizar otros restos en la traza del paredón, derribado en 1985, con más fragmentos. S4 y S6 serían diferentes contextos de deposición, uno paredón barrial y el otro, paredón de los galpones, vinculados por un solo muro ya demolido.

La Figura 6 muestra de modo esquemático este tipo de procesos.

Un contexto de deposición A se formó en un lado de un muro, mientras que se ha formado otro contexto B, del lado opuesto del paramento. Ambas acumulaciones provienen de descartes realizados por grupos diferentes de personas. Al derribarse el muro, material de ambos contextos se mezcla, formando un conjunto nuevo. El análisis del material podría confundir A con B, sobre todo si el origen de uno de ellos ha desaparecido, pero se conserva el restante y se define el lugar como “sitio arqueológico”.

El contexto arqueológico será A combinado con B, un espacio de descarte que ha sido construido mediante un proceso de destrucción.

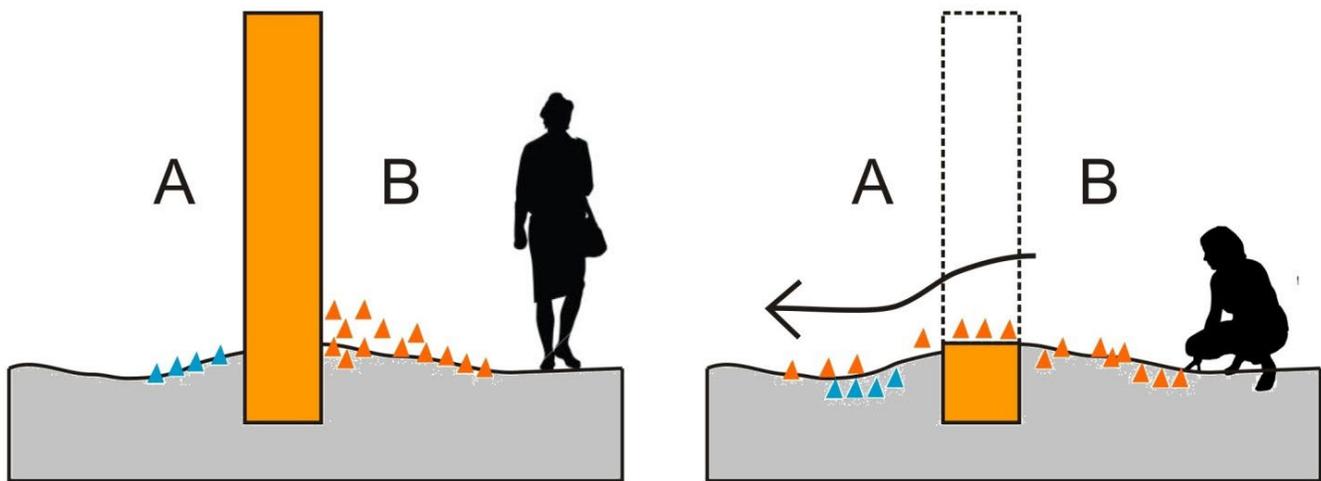


Figura 6. Esquema de un proceso de deposición

De observarse esta unificación como real en el pasado, existiría también una unificación de los agentes que consumieron los objetos originales y trabajadores ferroviarios y habitantes del barrio serían un solo grupo social, cuando ello no es históricamente evidente.

Lo mismo podría aplicarse a deposiciones por capas o estratos o a la arquitectura.

La desaparición/conservación/unificación de los contextos de deposición debe ser observada. Para ello, y si se considera infrecuente la Premisa Pompeya, es una premisa básica de trabajo considerar la historia urbana, para no realizar interpretaciones erróneas sobre los fragmentos recuperados.

Las relaciones contextuales

Así, para poder asumir la complejidad socio-urbana del pasado, el *city-site* (Cressey y Stephen, 1982) será la combinación y no la suma de los contextos de deposición con la urbe material. Su articulación social formará, finalmente, el contexto arqueológico definido por Schiffer, aunque a nivel de ciudad.

Aislar los sitios, sin embargo, no es infrecuente y es posible mediante una reducción: derivar cierta costumbre social (por ejemplo, el uso de cierta vajilla) mediante la extrapolación de un hallazgo singular a toda una sociedad, a pesar que el hallazgo es un caso, como el trabajo de Frazzi (2019) donde los consumos suntuarios de la familia Alfaro se extienden a la vida cotidiana de una clase social en el marco de la historia de un barrio (San Isidro).

A menos que se trate de un trabajo fuertemente descriptivo, probablemente en esos casos se necesite de hipótesis reforzadas por la documentación o el análisis de los materiales, una heurística específica y un marco teórico adecuado a esa extrapolación.

Pero a pesar de ello, sin observar relacionalmente los contextos depositivos, un análisis de consumos de una vivienda del centro de una ciudad no podría extenderse a los barrios sin forzar la evidencia mediante extrapolaciones erróneas.

Como conceptos operativos, en cambio, contexto de deposición y contexto arqueológico permiten establecer no sólo relaciones entre los sitios, sino la reconstrucción como una dialéctica relacional entre los restos hallados hoy y el sistema original. Si bien eso es casi una premisa de la arqueología en general, en arqueología urbana esa dialéctica es un modo de abordaje de la dinámica, en particular del cambio social.

A este respecto, Chang (1978, p. 28) argumenta que “el trabajo arqueológico no se detiene nunca en yacimientos aislados, y constantemente se realizan comparaciones, tanto entre conjuntos de diferentes períodos temporales como en los de diversas localidades” lo cual posee un sentido de vinculación entre fragmentos, sitios y espacios habitados.

Así, el contexto de deposición habilitaría una serie de relaciones, como la establecida por Barceló:

Existen dos grandes estrategias: utilizando “valoraciones universales” calculadas por comparación entre diferentes registros etnográficos, o bien teniendo en cuenta el contexto de deposición del bien de intercambio. En este último caso, se parte del principio que los bienes de prestigio con mayor valor social aparecen en contextos peculiares, destacando su forma de deposición de la del resto de materiales en los que predomina el valor de uso. Así, si en las unidades domésticas “ricas” (con rasgos arquitectónicos diferentes de las demás: materiales, complejidad constructiva, extensión, ubicación en el poblado) se encuentran materiales arqueológicos distintos de los que aparecen en las unidades domésticas “pobres”; esos materiales se situarán en al inicio de una escala relativa de valoraciones. (Barceló, 1999, p.9)

Pueden verse algunos ejemplos urbanos más complejos (y menos evidentes) que el de las Figuras 5 y 6.

Desde 1868, se colocaron placas de dirección de casas, de las cuales permanecen 5 en Rosario, Santa Fe, Argentina. No se han hallado en otras ciudades, aunque fueron comunes en Buenos Aires, pero se encontraron tres de estas placas en un basural rosarino de 1870-90, todas con roturas violentas (Ferneti, 2022b). Se verificó un vertido de basuras fuera del casco urbano, el análisis de los fragmentos un retiro forzoso por el Estado y la ubicación de otras placas adicionales mediante la documentación se combinó con la dinámica poblacional. Esta articulación entre fragmentos, contexto de deposición e histórico permitió establecer que el “boom demográfico” rosarino 1870-1915, como contexto histórico, no admitía la numeración anterior, demasiado asistemática y retirada en 1880 con la aparición del Estado unificado en Argentina y en Rosario en particular, como Municipalidad. El retiro de las placas se realizó con premura, algo que la evidencia material demostró (Ferneti, 2022b). Como desecho de lo institucional, las placas se consideraron basura indeseable, se rompieron violentamente y a propósito, dinámica que la mera catalogación de placas rosarinas *in situ* no reflejaría.

En otro ejemplo, la articulación entre historia y contexto de deposición permitió establecer que cierto tipo de loza decorada en relieve –Wheat o Trigo- fue un consumo rosarino generalizado en los barrios mientras que en el centro no se hallaron fragmentos, excepto en el vertedero general. Esa distribución forma un patrón que refleja cierta relación entre barrios proletarios y área central y que resultó “vergonzante” ya que la clase media barrial olvidó esos platos, prefiriendo los decorados modernos (Ferneti, 2022a).

El contexto de deposición permite también contextualizar de otro modo (no edáfico) el tipo de resto hallado. Un fragmento en un basural, puede ser similar a otro hallado en un pozo de basura doméstico, en tanto ambos fueron consumos hogareños. Un fragmento de loza decorada puede ser considerado anómalo en un sitio no hogareño, como las ruinas de una fábrica, pero su aparición podría ser indicio de la construcción de un hábitat laboral confortable por parte de los obreros.

Todo ello pone en duda el carácter “intrusivo” de ciertos hallazgos, como antes se dijo, al analizar el contexto de deposición como relacionado y no como una simple matriz material y estática de contención.

La condición relacional de los contextos en arqueología urbana implica, finalmente, que la ciudad es una, pero con sus propios procesos históricos y así, la sociedad urbana se refleja en los sitios arqueológicos, aunque indirectamente.

Los contextos de deposición (hoy sitios arqueológicos) no sólo fueron originalmente construcciones materiales donde se abandonaron restos: el barrio, el basural, la vivienda, la fábrica, el taller o el paredón tuvieron una significación social cuyo desciframiento permite acceder a la sociedad de origen (Guevara, 1999).

Si el barrio o el centro son sitios vinculados de la *city-site*, los espacios públicos, como plazas o parques tendrán (o no) restos según su cualificación social, su propietario o su ubicación. La plaza central de una ciudad no tendrá basuras domésticas por su importancia institucional, a menos que haya presentado un uso diferente en el pasado y esa relación sería un síntoma del cambio social, como por ejemplo la vieja plaza central de Mendoza, devenida en matadero luego de 1861:

Esto se registró en el particular contexto de un sector ciudadano que a finales del siglo XX se presentaba socio-económicamente deprimido, dado sobre todo por el proceso histórico derivado del terremoto de 1861. En efecto, el sector de la ciudad fundada en 1561 y destruido en 1861 se había transformado en el arrabal, habitado por los que no pudieron trasladarse al sector donde la ciudad fue re-instalada en 1863 (dos kilómetros al suroeste) o al que no podían llegar los inmigrantes de finales del siglo XIX. (Chiavazza, 2002, p.46)

Micro contextos

Hasta aquí, esta definición de lugar de descarte no tomaría en cuenta los lugares de pequeño volumen y extensión de basura, sin historia propia y que son muy frecuentes en la ciudad.

No son lo mismo que los grandes basurales, con poblaciones de quemeros/as, carreros, concesionarios, etcétera, que suministran abundante material arqueológico/sociológico, sino los mínimos espacios de descarte barriales, lugares “residuales” como los encuentros urbanos entre calles y terrenos ferroviarios, el intradós de los puentes, las plazoletas que surgen por los trazados viales y las cazuelas de los árboles que suelen contener basura histórica, a veces mezclada con restos modernos.

Cabe aclarar que esos arrojamientos no suelen estar permitidos por el Estado municipal, que se encarga, hasta el día de hoy, de retirar esa basura emergente.

Sin embargo, puede pensarse que, a pesar de su a veces escaso volumen hay un acuerdo social sobre esos lugares. Recorrer la ciudad observando estos micro sitios permite establecer que existe una costumbre y espacios equivalentes en diversas ciudades (Buenos Aires, Córdoba, Rosario) implicaron resultados casi idénticos, con materiales del siglo XIX y XX en esas áreas reducidas a pocos metros cuadrados y que reciben frecuentes aportes nuevos.

Ello permite problematizar sobre el acto de descarte, en un período histórico nacional definido por la inmigración, la rápida urbanización, la aparición de las clases medias y obreras y la industria nacional.

Por lo tanto, esa simultaneidad en los restos en espacios mínimos, sobre todo barriales, podría implicar un encuadre socioeconómico, durante el cual la basura doméstica —a pesar de ser ya recolectada por la municipalidad- no se deposita en las casas ni en terrenos baldíos, sino en espacios recortados y de escasa significación como de uso público/simbólico, como parques o plazas.

Su significado *emic* es positivo, no negativo: son lugares de descarte sin nombre, emergentes o casuales, pero apropiados socialmente para su uso colectivo (Prignano, 1998).

Hoy configuran “sitios arqueológicos someros” o sea sitios que:

...presentan características propias que los diferencian de los sitios de superficie y estratigrafía. Representan contextos superficiales en los que el sepultamiento puede ser consecuencia de la dinámica pedológica y en los que se produce un rejuvenecimiento de la materia orgánica. Estratigráficamente, estos sitios someros tienen un bajo grado de resolución. (Zárate; González de Bonaveri; Flegenheimer; Bayón, 2002, p.635).

A pesar que son contextos afectados por la dinámica del suelo urbano, la redeposición o el constante aporte de nuevos materiales, no quedan exentos de ser considerados como contextos de deposición, o sea también son lugares con sentido.

El ejemplo de la Figura 5 siguiente ilustrará esta noción.



Figura 7. Ejemplo de sitios en barrio Refinería, Rosario.

En el barrio rosarino Refinería, las actas vecinales de la década de 1930 denuncian en una esquina de calle Junín, un arrojamiento “de más de 20 años de basuras, lo que ha servido para acumular también el agua servida”. (Vecinal Barrio Refinería 1936-1937, p. 22). Lo higiénico, para la época, parecía ser una preocupación de la vecinal, junto con el agua potable y el desempleo en el barrio.

En ese barrio, el actual sitio JUN5, incluido en esa acta vecinal, se formó contra un paredón ferroviario de Rosario, ya desaparecido y ha recibido material de vidrio, descarte de fundición de una cristalería cercana, Fénix S.A. funcionando de 1938 a 1968 (señalada como 1 en la Figura 7). Se hallaron 3 con-

centraciones en la puerta de la fábrica (señaladas como 2) pero el recorrido de los desechos desde Fénix S.A. a JUN5 es similar al de la basura doméstica de los vecinos, aunque el análisis de los fragmentos y la documentación pudo determinar que pertenecían a épocas diferentes. En cambio los micrositos JUN6, JUN4, JUN3, etcétera, no han recibido fragmentos de vidrio fundido aunque sí basura doméstica y hasta de un tambo (Vecinal Barrio Refinería 1936-1937, p. 22; Ferneti, 2020), lo que pareció motivar en 1938 la extensión del servicio de carros para la basura municipales al barrio y “los vecinos cuentan ahora un servicio de juntado de basuras para adelanto de las calles tal y como se solicitó al intendente por medio del sr. Valentino” (Vecinal Barrio Refinería 1938-1939, p. 131)

Si bien pudo un evento producto de la limpieza de la fábrica por única vez, puede decirse que vecinos y empresarios compartían una misma imagen del contexto de deposición. Actualmente los vecinos –como hicieran los empresarios– consideraban a la desaparecida empresa como “barrial” y al basural como “tierra de nadie”, cualificación que ha perdurado, así como el vertido de desechos (Ferneti, 2020, p.25).

Contextos y cronología

Wheeler y Harris postulaban que registrar sistemáticamente la matriz edáfica garantizaba la sucesión cronológica de los artefactos hallados. Se suponía que el contexto, sólo por el contenido de fragmentos encuadrados cronológicamente, podría dar directamente un indicio de época, o sea la cronología del uso y descarte. Y de allí, los consumos de ese momento.

Sin embargo y como resultará inmediato, los descartes no son simultáneos a la producción, pudiendo trascurrir un tiempo considerable antes de reducir un objeto en uso a sus fragmentos, en un contexto de deposición (Federico Sabate, 1997). Ese tiempo que media entre producción y descarte, en contextos no capitalistas, puede ser deleznable. Pero en las ciudades argentinas podría ser de poco tiempo, dado que el sistema capitalista nacional tiene sólo unos 150 años, pudiéndose presumir que los restos son casi todos contemporáneos respecto al modelo productivo agroexportador argentino, al menos para el período 1870-1915.

El análisis de los contextos de deposición permite mejorar estas presunciones, reduciendo la poca certeza de las marcas, materiales o los documentos que mencionan a los objetos originales (publicidades, fotografías, censos económicos, etcétera) a épocas o estados urbanos (Guillermo, 2004) antes que a años exactos.

Operativamente, el cambio del contexto urbano implicará que hubo cambios también tanto en el registro arqueológico como en la formación y localización de sitios.

La Figura 8 muestra esquemáticamente la planta de 5 viviendas ideales, entre 1900 y 1920 con 4 contextos de deposición barriales S y los posibles recorridos de la basura R, resultante de los consumos de comida.

Los contextos “basurales clandestinos” se representaron como S1 en vereda y S2 en baldío, casos muy frecuentes incluso hoy. Los contextos S3 y S4 representan pozos de basura domésticos.

En ese esquema, los recorridos R1 y R2 implicaron arrojamiento en las veredas y en baldíos, mientras que los R3 fueron los recorridos a pozos de basura. El recorrido R4 representa la salida mediante recolección de residuos municipal.

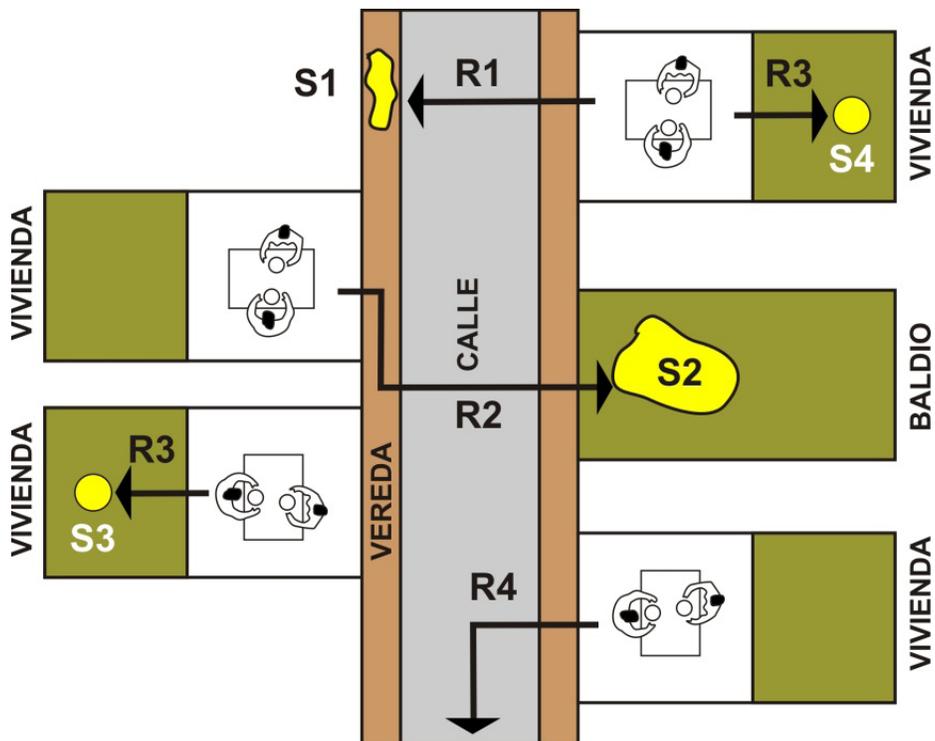


Figura 8. Esquema en planta de cinco viviendas ideales

Este análisis abstracto permite suponer que habrá una época de la ciudad en que la deposición de basura será en pozo, en baldío o en vereda, dependiendo del grado de urbanización del barrio, la injerencia municipal en el manejo de la basura y la relación entre propiedad pública y privada.

Implementado el servicio municipal, habrá un cambio en los desperdicios arrojados verificables en los sitios, sobre todo en cantidad (Prignano, 1998), pero la emergencia para arrojar desperdicios puede configurar basurales clandestinos, sobre todo por falencias del servicio o por el tipo o volumen de los desechos.

A modo de ilustración, pueden verse varios casos concretos.



Figura 9. Distintos contextos de deposición en Rosario.

La Figura 9 muestra tres tipos de contextos de deposición. La foto 9A, evidencia el descarte de aisladores de telégrafo en desuso, c. 1950; la foto 9B, una vereda apropiada por un vecino mediante construcciones decorativas c. 2020, enfrente se arroja basura cotidianamente. La foto 9C evidencia el descarte de escombros de viviendas de lujo remodeladas, en un parque fronteró, c. 2015. Todos los recorridos R son cortos y rectos y van directamente desde el lugar de uso hacia la deposición, con una *economía del descarte*, ahorrando distancia y el esfuerzo.

Los tres casos implican significaciones diferentes del espacio público, ilegibles directamente desde los fragmentos que allí puedan aparecer. Los tres casos pertenecen a un mismo barrio industrial/ferroviario, hoy reciclado urbanísticamente y esos contextos dan cuenta de la evolución del área, con una cronología urbana legible desde los contextos, como plantea Guillermo (2004).

Con la urbanización y el servicio público, estos arrojamientos se redujeron a los paredones ferroviarios y baldíos de la ciudad (Ferneti, 2020) evitándose arrojar en la vereda de casas de vecinos que podrían quejarse o denunciar. Ya en los años 40, el retiro municipal de residuos domiciliarios eliminó los orgánicos, aunque escombros y otros restos se mantuvieron hasta hoy, como pudo verse en la Figura 8.

La significación “lo público permite arrojar basuras” parece idéntica para los tres sitios de la Figura 4 a pesar del paso del tiempo: ha cambiado la ciudad pero no el concepto de “público” de la sociedad respecto a los restos a descartar, aunque parece no preocupar lo higiénico, como se citó en el acta vecinal de 1930.

Por eso los vecinos suelen denominar “tierra de nadie” (Ferneti, 2020, p. 29) a estos espacios donde lo público se resignifica como apropiable por los particulares, para el descarte de restos.

La arquitectura puede ser fechada también, pero con frecuencia en los barrios los pozos de basura y los basurales clandestinos sobreviven –sea en uso o desactivados- a las reformas y demoliciones. Sin embargo, con frecuencia los escombros son dirigidos a los espacios públicos, todavía hoy.

Por ejemplo, los azulejos de vidrio descartados en la década de 1960, ante la aparición de los azulejos cerámicos suelen ser hallados superpuestos a éstos en los basurales clandestinos, al ser suplantados por los cerámicos modernos (Rougier, 2009).

De este modo, los fragmentos recuperados están en contextos de deposición de épocas diferentes, o sea de contextos históricos distintos. Por ejemplo, una loza que fechada a fines del siglo XIX pudo haber sido arrojada en 1950 y restos cerámicos de esa época pueden ser escasos o ni siquiera aparecer, al ser retirados por el servicio de recolección (Suarez, 1998).

Un análisis realizado únicamente por medio del estudio de estos restos de revestimientos hogareños, daría resultados poco consistentes, a pesar de la abundancia del material. Lo que puede establecerse entonces, es que un fragmento posee “encuadres” para el descarte y por épocas, tal como estimó Guillermo (2004) se pueden establecer lugares, áreas y momentos de la ciudad, para luego derivar los consumos, completando y contextualizando la información que proviene del fragmento aislado.

Si los hallazgos materiales pueden completarse con el estudio de sus contextos, inversamente los análisis sociales de los contextos de deposición permitirán descifrar los hallazgos “empobrecidos” por la antropización.

Por ejemplo, crónicas periodísticas, planos, títulos propiedad, etcétera que mencionan su significación, implican un acceso a un modo *emic* (“de época”) de pensar esos lugares, que los cambios urbanos han alterado de modo irreversible.

Así, la definición de un contexto de deposición implicará una etapa específica de la ciudad y por lo tanto se podría establecer un momento social y sus características, en última instancia un objetivo de la arqueología urbana.

Una breve discusión

Parece ser unánime en la bibliografía consultada, la condición “contextualizada” de los fragmentos para posibilitar su análisis e interpretación.

Pero también el atributo del contexto puede definir el tipo de arqueología a realizar.

El contexto ciudad, por ejemplo, es la esencia de la arqueología urbana. Pero suele darse que en algunas ciudades, azarosamente o no, la aparición de restos previos a la urbe misma. Así, vestigios de culturas originarias pueden ser hallazgos importantes desde el punto de vista científico e incluso político. Considerar las poblaciones precedentes como urbanas podría ser forzado, ya que la relación entre aquéllas y la ciudad actual no necesariamente implican una evolución o dependencia. Las sociedades involucradas tampoco deben necesariamente poseer relación entre ellas y el sitio arqueológico pudo haberse generado en el pasado por causas aleatorias o ambientales.

En ese sentido, la definición de contexto de deposición no resultaría adecuada, ya que al tratarse de relaciones entre espacios de la ciudad, un sitio pre-ciudad carecería de relación ninguna con ésta. Así, por ejemplo, Schávelzon excluye estos restos de la arqueología urbana, al decir: “La arqueología hecha dentro de un contexto urbano buscando otros anteriores (por ejemplo, buscar ruinas romanas debajo de Barcelona) no es arqueología urbana. En esos casos la ciudad actual es una molestia, un problema” (Schávelzon, 2019, p. 14).

Otros trabajos también hacen esa diferenciación disciplinar urbana-no urbana, por ejemplo, el sitio

prehispanico La Noria, en Buenos Aires. Pero la naturaleza de los artefactos hallados permite vincular contextos, tal como se graficó en la Figura 4:

Si bien el contexto del sitio La Noria posee inequívocas similitudes con el resto del registro regional, presenta sustanciales diferencias que sugieren la existencia de una esfera simbólica, social, tecnológica y económica distinta. Dado que las investigaciones de campo y laboratorio continúan, este pequeño y sucinto panorama expuesto aquí, y que está atado al tamaño de la muestra disponible, será ampliado con análisis más detallados y contrastado en base a nuevos hallazgos de futuras excavaciones. (Camino, Schavelzon, Azkárate, Loponte, Solaun, Martínez, Sánchez y Cavallotto, 2018, p.104)

Por lo tanto, aquí los contextos de deposición no serían tan importantes como el carácter de los artefactos y son ellos (y no el contexto) los que definen el carácter potencialmente relacional de la arqueología planteada.

Puede discutirse si no son dos casos diametralmente opuestos de arqueología: una arqueología urbana de la ciudad capitalista, derivada urbanísticamente de la colonial, versus una arqueología pre-ciudad pero dentro de un contexto urbano.

Parece existir aquí otro tipo de contexto, el disciplinar.

La información que se obtiene en cada encuadre disciplinario es diferente y los contextos de deposición asumen roles distintos. En arqueología urbana es clave, ya que se involucran los contextos edáficos e históricos mencionados, mientras que en la arqueología prehispanica el contexto, casi siempre edáfico, parece relegado a un plano estratigráfico- cronológico. Ambos encuadres parecen ser relacionales, al menos en los casos observados.

Queda como tema de discusión si esa división disciplinar no se transforma, finalmente, en un contexto político.

La conservación o destrucción de contextos arqueológicos por la evolución urbana puede afectar las políticas culturales de los municipios y la aparición de muros, aljibes y basurales puede ser más significativa que la de restos someros de sociedades no capitalistas. Los casos porteños y mendocinos de conservación de sitios urbanos relevantes son conocidos y elocuentes. En cambio, hay escasos sitios aborígenes en ciudades argentinas que se hayan conservado patrimonialmente.

Para la política cultural municipal entonces, la arqueología urbana en Argentina puede ser importante como acto del estado:

Creemos que la única opción para hacer intervenciones de envergadura en las ciudades son los municipios y la arqueología de contrato. El municipio o el Estado actúan como autorizantes, como control supervisor, como depositario de los bienes, incluso como generador de proyectos; la empresa arqueológica es la ejecutora. (Schávelzon, 2019, p. 14)

Aunque a veces la dinámica urbana destruye los sitios, los municipios pueden llevar a tareas de conservación y restauración frente a una opinión pública que reconoce esos restos como urbanos y del propio pasado, o sea: patrimonio. Un proceso de *monumentalización* que los contextos prehispanicos urbanos no parecen tener, tal vez por ser sitios de escaso impacto material y visual. Así, se reduce el acto público a la referencia y recolección de los tuestos y puntas de proyectil como tarea metodológica, para su posterior exhibición en museos *ad hoc* pero no como un sitio, como la *ruina urbana*, que incluso se reconstruye.

Por lo tanto, la práctica de la arqueología urbana podría depender de cómo se considere políticamente el contexto de deposición, el impacto en la opinión pública y su conservación como espacio arqueológi-

co. Los sitios menos relevantes físicamente no dependerían para las comunas de su importancia histórica o científica, sino del rol que podría dársele a los restos dentro de una política cultural, en tanto esos sitios –ahora visibles- son de incidencia municipal.

Conclusiones: la operatividad del concepto

El concepto de contexto de deposición –un lugar donde se arrojaron originalmente los fragmentos- permite establecer el punto de partida del sitio arqueológico. No como dato cronológico, sino como un dato social. Ese lugar fue elegido por alguna razón para descartar la basura y eso fue compartido por una sociedad o grupo, transformando una emergencia en costumbre compartida.

Desde lo arqueológico, el concepto abarca la arquitectura y el espacio privado y público, ya que se trata de espacios construidos y nominados, formando a veces verdaderos paisajes culturales a veces con población adscripta que se beneficia de las ruinas de las viviendas, el manejo de la basura o al recibir la ribera fluvial aportes de restos urbanos. Así, *quemeros, orilleros, lateros, pescadores urbanos, obreros, inquilinos o vecinos*, por dar algunos ejemplos, figuran en los documentos como sujetos genéricos, poblando espacios sociales históricos vinculados a la ciudad como un todo, no sólo a los desechos.

El contexto de deposición es relacional y permite articular la historia del espacio social con su devenir, permitiendo abandonar el preconcepto de una Premisa Pompeya, al considerar los sitios arqueológicos como un resultado siempre abierto de los cambios de la ciudad.

Los aspectos sociales, económicos y urbanísticos, con sus lugares y su significación, son tan importantes como los materiales que se hayan encontrado en los sitios urbanos. Por lo tanto, es necesario conocer no sólo la naturaleza y procedencia de los fragmentos materiales, sino la historia de la ciudad y de la sociedad que la construye, su evolución y su resultado actual.

Si según Balandier, “la topografía simbólica de una gran ciudad es una topografía social y política” (1994: 26), la plaza, el basural, la vereda, el baldío, los barrilones, también forman una serie oculta de interpretaciones, significaciones y acuerdos de los habitantes de una ciudad, que dan un sentido a sus contextos de deposición, construidos como paisajes significativos.

Operativamente, el concepto permite una dialéctica triple: se pueden analizar las relaciones entre los fragmentos y el lugar, entre el lugar y el sitio arqueológico y –finalmente- entre los fragmentos recuperados hoy y la sociedad que los generó como descarte, mediados por el espacio que los contuvo como una construcción colectiva dentro del espacio urbano.

La evidencia se convierte así en una integración que incluye el sitio, que deja de ser un espacio que se visita a fin de recuperar tuestos, para formar parte del conjunto de información disponible. Y no sólo desde su materialidad (el suelo) sino desde su significación histórica como basural, vertedero, pozo, vivienda, calle, plaza, etcétera.

Puede decirse, a nivel epistémico que lo recuperable del pasado, con una evidencia siempre incompleta, es en última instancia un conjunto de relaciones, antes que una realidad social idealmente construida o un cuadro de costumbres en una representación casi pictórica.

Entender relacionalmente la ciudad supone entender que la arqueología urbana es una historia de la complejidad y el dinamismo sociales, que necesita de conceptos teóricos abarcativos, integrales, para dar cuenta de las particularidades y los cambios, sin reducir lo urbano a los siempre insuficientes restos materiales del pasado de una ciudad.

Referencias bibliográficas

- Acuto, F. (2013). ¿Demasiados paisajes? Múltiples teorías o múltiples subjetividades en la arqueología del paisaje. *Anuario de Arqueología* 5, 31-50.
- Aguerre, A. y Lanata, J. L. (2004). *Explorando algunos temas de arqueología*. Barcelona: Gedisa.
- Azkárate Garai-Olaun, A. (2013). El registro arqueológico. En: Azkarate Garai-Olaun, A. y Solaun Bustinza, J. L. *Arqueología e historia de una ciudad. Los orígenes de Vitoria-Gasteiz. Tomo 1*. Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 75-87.
- Balandier, G. (1994) *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*. Barcelona: Paidós Studio.
- Barceló, J. (1999). De la “inutilidad” del pasado a la “comodidad” del presente. La rentabilidad de las ciencias sociales en el siglo XXI. *Digith Um, Revista Digital d'Humanitats* 1, 2-14.
- Binford, L. 2007 (1967). Los pozos ahumadores y el ahumamiento de cueros: el uso de la analogía en el razonamiento arqueológico. En V. Horwitz (Comp.) *Clásicos de Teoría Arqueológica Contemporánea*, 41-59.
- Binford, L. (1988). *En busca del pasado. Descifrando el registro arqueológico*. Barcelona: Crítica.
- Bruzzoni, M. F. (2016). Análisis de los botones Prosser del sitio la Basurita (Rosario, Santa Fe). *Urbania, revista latinoamericana de arqueología e historia de las ciudades* 5, 117-128.
- Camino, U. (2011). San José de Flores, un lugar en el mundo. *Comechingonia, Revista de Arqueología* 14, 173-189.
- Camino, U., Schávelzon, D., Azkárate, A., Loponte, D., Solaun, J. L., Martínez, A., Sánchez, I., & Cavallotto, J. L. (2018). El sitio prehispánico La Noria, ciudad de Buenos Aires. *Revista De Antropología Del Museo De Entre Ríos* 4(2), 84-110.
- Carandini, A. (1997). *Historias en la tierra. Manual de excavación arqueológica*. Barcelona: Crítica Grijalbo Mondadori.
- Chang, K. C. (1976). *Nuevas perspectivas en arqueología*. Madrid: Alianza Editorial.
- Chiavazza, H. 2002. La Arqueología Urbana en Mendoza: excavaciones 1995 a 2002. *El Área Fundacional de Mendoza* 1, 106-159.
- Crean los bajos de Villa Manuelita un problema de vastas proporciones. (1947, enero 20). *La Capital*, p. 11.
- Cressey, P. y Stephens. J. (1982). The City-Site Approach to Urban Archaeology. En R. Dickens Jr. (Ed.), *Archaeology of Urban America. The Search for Pattern and Process*. Nueva York: Academic Press, 41-59.
- El balcón de la miseria. (1957, octubre 26). *Crónica*, p. 12.
- Federico Sabate, A. (1997). *Ciclo de Vida Material de los Residuos Urbanos Domiciliarios*. Documentos

de Trabajo 7. Universidad de General Sarmiento.

- Fernetti, G. (2020). El paredón de Junín. *Teoría Y Práctica De La Arqueología Histórica Latinoamericana*, 7(1), 21–30
- Fernetti, G. (2022a). Los platos “Patrón Trigo” (Wheat Pattern) en Rosario, Argentina (1880-1960) en la evolución socioeconómica de la ciudad. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 15(1), 8–31.
- Fernetti, G. O. (2022b). As antigas placas de endereço azuis em Rosario, Argentina (1867-1888). *Vestígios - Revista Latino-Americana De Arqueologia Histórica*, 14(1), 75–94.
- Frazzi, P. (2019). *Vida cotidiana en un comedor del siglo XIX. Consumo suntuario de la familia Alfaro en San Isidro*. Centro de Arqueología Urbana, Buenos Aires.
- Guevara, C. (1999). Pobreza y Marginación: El Barrio de las Ranas, 1887-1917. En Gutman, Margarita y Reese, Tomás (comps.). *El Imaginario para una Gran Capital. Colección CEA*. Eudeba.
- Guillermo, S. (2004). El proceso de descarte de basura y los contextos de depositación presentes en la ciudad de Buenos Aires. *Intersecciones en Antropología* 5, 19-28.
- Harris, E. C. (1989). *Principles of Archaeological Stratigraphy*. Londres: Academic Press
- Igareta, A., & Chechi, F. (2020). Arquitectura bajo cota cero: pozos y poceros de Buenos Aires en los siglos XVIII y XIX. *Comechingonia. Revista de Arqueología* 24(3), 11–26.
- Johnson, M. (1996). *An Archaeology of Capitalism*. Blackwell Publishers.
- Koldorf, A. y de Castro, R. (2005). Entramado de relaciones: pertenencias y apropiaciones de “territorios diferenciales” en Tablada, un barrio un barrio de trabajadores de Rosario”. *X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. FHya, UNR.
- Landa, C. y Ciarlo, N. (2016). Arqueología histórica: especificidades del campo y problemáticas de estudio en Argentina. *Quehaceres 3. Revista del Departamento de Ciencias Antropológicas*, 96-120.
- Leoni, J. (2013). Introducción: Paisaje y Arqueología. *Anuario de Arqueología* 5, 7-14.
- Lumbreras, L. (1974). *La arqueología como ciencia social. Serie Arqueología I*. Lima: Ed. Hístar.
- McCarthy, J. y Ward, J. (2000). Sanitation practices, depositational processes, and interpretive contexts of Minneapolis Privies. *Historical Archaeology* 34(1), 111-129.
- Mora Torcal, R.; Martínez Moreno, J.; Roda Gilabert, X.; Roy Sunyer, M. y Vega Bolívar, S. (2014). Métodos de excavación: del trabajo de campo a la interpretación. *Treballs d'Arqueología* 14, 7-20.
- Motivos Urbanos. (1928, enero 1). *La Acción*, p. 4. Rosario.
- Prignano, Angel O. (1998). *Crónica de la Basura Porteña*. Junta de Estudios Históricos de San José de Flores.
- Rouse, I y Cruxent, J. (1973). *Venezuelan Archaeology*. Yale, GB: Yale University Press.

- Rubin de Rubin, J.; da Silva, Th. y Barbieri, M. (2018). Consideraciones al respecto del contexto arqueológico: Serranópolis, Goiás (Brasil). *El poblamiento temprano en América* 6, 320-329.
- Rougier, M. (2009). Expansión y crisis de una industria argentina. Historia de la fábrica de vidrios y opalinas en Hurlingham, 1948-1994. *Boletín americanista* LXI (59), 113-134.
- Schávelzon, D. (1987). *Tipología de recipientes de gres cerámico para la arqueología histórica de Buenos Aires*. Buenos Aires: Programa de Arqueología Urbana.
- Schávelzon, D. (2006) ¿Estamos todos locos? El patrimonio de los no locos: excavaciones y estudios en el Hospital Moyano, Buenos Aires. *Estudios Ibero-Americanos PUCRS* 23(2), 7-24.
- (2008). Buenos Aires, arqueología en una ciudad en destrucción total. Excavaciones en defensa 1462. *Canto Rodado* 3, 113-133.
- (2012). *La Casa del Naranja. Arqueología de la arquitectura en el contexto municipal de Buenos Aires*. Buenos Aires: Aspha.
- (2019). *Manual de arqueología Urbana. Técnicas para excavar Buenos Aires. Centro de Arqueología urbana*. UBA-FADU.
- Schiffer, M. (1988). ¿Existe una “premisa Pompeya” en arqueología? *Boletín de Antropología Americana* 18, 5-31.
- (1990). Contexto arqueológico y contexto sistémico. *Boletín de Antropología Americana* 22. México, Instituto Panamericano de Antropología e Historia. 80-93.
- Rocchietti, A. M, Simonassi, S. & Gergolet, S. (2008). Curtiembre Noguera: arqueología y barriadas obreras”. *IX Congreso Argentino de Antropología Social*. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Posadas: UNM.
- Suarez, F. (1998). “Que las Recojan y las Lleven fuera de la Ciudad”. *Documento de Trabajo* 8. Universidad de General Sarmiento, 1998.
- Vecinal del Barrio Refinería. Actas 1936-1937. Manuscrito inédito.
- Volpe, S. (2011). *Marcas de Cervezas Rosarinas 1870-1890*. Escuela Superior de Museología de Rosario. Rosario: Imprenta Municipal.
- (2021). La arqueología histórica, la sociedad, la historia y el estado las relaciones entre la arqueología y antropología urbana: El caso de “La Basurita”. *Teoría Y Práctica De La Arqueología Histórica Latinoamericana*, 12(1), 71–86. Buenos Aires: Aspha.
- Weissel, M., Zarankin, A., Paradela, H. Cardillo, M., Bianchi Villelli, M. Morales, M., Guillermo, S. y Gómez, M. (2000). *Arqueología de rescate en el Banco Central de la República Argentina*. Buenos Aires: Direccion General De Publicaciones.
- Wheeler, M. (1961). *Arqueología de campo*. Buenos aires: Fondo de Cultura Económica.
- Yelo Templado, A. (1990). Arqueología y contexto histórico. *Anales de Prehistoria y Arqueología* 5, 9-13.

Zárate, M.; González de Bonaveri, M.; Flegenheimer, N.; Bayón, C. (2002). Sitios arqueológicos someros: el concepto de sitio en estratigrafía y sitio de superficie. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 19, 635-653.

Recibido: 11/3/2024

Aceptado: 22/3/2024